



Italo Calvino en España

Por Francesco Luti

A Gaetano Chiappini, in memoriam

LA RESISTENZA COMO ESCUELA DE VIDA Y LITERATURA

Este año se cumplen treinta años sin Italo Calvino. La muerte le sorprendió en su casa de la Toscana durante el verano de 1985. Tenía sesenta y dos años. Nacido en 1922 en Santiago de las Vegas (Cuba), donde sus padres trabajaban como agrónomos, Calvino fue un intelectual de gran espesor. Con sus libros, intervenciones y discursos, ya desde la inmediata posguerra y en una época de intenso debate ideológico, contribuyó de manera relevante al desarrollo de la sociedad a través de la literatura.

Miembro de una familia de tradición burguesa originaria de San Remo, el jovencísimo partisano Calvino –apodado *Santiago* por su lugar de nacimiento– se unió a la Brigada Garibaldi, que combatía en la zona de Imperia, en la región de Liguria, la suya. La interrupción drástica de los estudios debido a la experiencia bélica marcará para siempre al hombre y al autor. Y es que, con la guerra recién terminada, la mayor dificultad a la que se enfrentaban los escritores era la de encontrar un estilo que no resultara retórico y que permitiera mantener una distancia objetiva para narrar lo que vivieron; Calvino, al igual que otros jóvenes escritores de la época, será capaz de proponer soluciones estilísticas. Entre las obras que se generaron bajo el empuje de los aconte-



cimientos –y siempre considerando parcial el elenco– podemos citar, entre otros, a Elio Vittorini (*Conversazione in Sicilia* y *Uomini e no*), Carlo Cassola (*Fausto e Anna*, e *I vecchi compagni*), Renata Viganò (*L'Agnese va a moriré*), Cesare Pavese (*La casa in collina* y *La luna e i falò*) o Natalia Ginzburg (*Tutti i nostri ieri*). No sorprende que casi todos fueran publicados por la editorial Einaudi, cuyo papel se reveló determinante en la reconstrucción cultural del país. A lo largo de los años que seguirán al conflicto, cabe mencionar *Il mio cuore a Ponte Milvio* (1954), de Pratolini; *I sentieri dei nidi di ragno* (1947) y *Ultimo viene il corvo* (1949), de Calvino, o *I ventitré giorni della città di Alba* (1952), de Beppe Fenoglio, obras cuyos autores participaron en primera persona en la *Resistenza italiana* o *Resistenza partigiana*¹, un movimiento armado de oposición al fascismo y a las tropas de ocupación nazis instaladas en Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Los partidos más importantes de la *Resistenza* constituyeron el *Comitato di Liberazione Nazionale* (CLN), que justificaba sus acciones como propias de una guerra patriótica de liberación respecto al poder extranjero, pero que de hecho implicaban desencadenar una Guerra Civil contra los fascistas italianos y los partidarios de la República Social de Mussolini.

En los años inmediatos a la conclusión de la guerra en Italia se desarrolló un debate cultural en periódicos y revistas. Así, *Il Politecnico* (1945-1947), la revista de Vittorini, se convertirá en una de las tribunas más frecuentadas por los intelectuales de la época, dedicando innumerables páginas a aclarar las relaciones entre cultura y *Resistenza* en un momento en el que el país estaba políticamente dividido. Otra serían los *Quaderni del Movimento di Liberazione italiano* donde, ya en 1949, el joven escritor Calvino formuló un primer balance de la literatura italiana sobre la *Resistenza*, precisando que, antes que nada, tocaba elegir el punto de vista: o el de la *Resistenza* o el de la literatura. En aquel balance, Italo sugería el camino correcto para estudiar el problema.

Pavese, hasta su trágico final, Vittorini, hasta su muerte en 1966, y Calvino, protagonizarán el debate de la posguerra, que a la postre resultará decisivo para el futuro de la literatura italiana.

EL HOMBRE NUEVO

Por haber sido un intelectual que cubrió múltiples aspectos de la vida cultural, no resulta fácil tratar en pocas páginas la relación entre Calvino y España. Mucho pudo representar, en las décadas de los cincuenta y sesenta, para los jóvenes intelectuales espa-

ños, cruzarse con hombres como el editor Einaudi, Calvino y Vittorini. En su primer viaje a España, Calvino acude para participar en las jornadas mallorquinas de Formentor, celebradas en el mes de mayo de 1959. Volverá, en el marco de aquellos mismos encuentros, en 1960, 1961 y 1962, entonces acompañado de Einaudi y Vittorini. Pero ¿qué podía significar para Calvino participar en los coloquios de Formentor? Muchas cosas. En primer lugar, y aunque se tratara de una isla, la curiosidad de visitar un país en plena dictadura y el deseo y la ambición de que sus obras se pudieran dar a conocer también en España pues, como detallaremos más adelante, en 1959 Calvino era ya un autor conocido en el extranjero y contaba con algunas traducciones al castellano publicadas en Argentina. En segundo lugar –y más importante– viajar a España suponía encontrarse y medirse con las nuevas generaciones de escritores españoles y otros nombres de las letras internacionales. Como hombre de confianza y plenipotenciario de Einaudi desde hacía una década, su presencia y olfato, al igual que su paso por la América del Norte de aquellos mismos años, conllevaba la intención de ponerse al día con las literaturas extranjeras. Los redactores de algunas de las principales editoriales italianas como Einaudi, Feltrinelli, Guanda, Bompiani o Mondadori estaban pendientes de la evolución de la narrativa española que, a pesar del régimen, intentaba acelerar la fractura con el poder oficial. Desde Italia se miraba con interés hacia la península ibérica, y esta actitud no se limitaba a los editores y a sus representantes, sino también a narradores como Vasco Pratolini, Romano Bilenchi o Leonardo Sciascia, además de Vittorini y del mismo Calvino, que nunca dejarían de mirar a España. Junto al deseo de descubrir las nuevas voces de la narrativa española y de conocerlas en persona, existía por parte de Calvino, en Formentor, una voluntad de exponer sus teorías y sus puntos de vista en los coloquios. En los salones del hotel, en la terraza a pie de playa rodeada de pinos –que tanto podía recordarle a Liguria–, pudo conocer, entre otros, a Cela, a Robbe-Grillet, a los hermanos Goytisolo, a Gabriel Celaya, Michel Butor, Miguel Delibes, Carmen Martín Gaité, Jesús López Pacheco y Juan García Hortelano. Para los españoles que participaron en Formentor fue fundamental reflexionar sobre el testimonio de un intelectual perteneciente a un país tan cercano en muchos aspectos y que, además, ya había pasado por la experiencia de vivir bajo una dictadura. Para ellos, un joven lleno de ideas y proyectos como Calvino no era solamente un escritor, sino un hombre de cultura,

además –claro– del brazo derecho del fundador de una de las editoriales más relevantes de Italia.

La mayoría de los escritores que tuvieron un papel determinante en la reconstrucción de la cultura italiana a partir de la posguerra –lo que, como se ha dicho, pudo servir de ejemplo para los españoles, y especialmente para los de Barcelona, que acudieron a Formentor– fueron, al mismo tiempo, hombres de confianza, redactores, colaboradores, traductores o asesores en algunas de las principales editoriales del país. No solamente Vittorini, Pavese y Calvino; también escritores como Vittorio Sereni y Giorgio Bassani tuvieron una influencia notable en la política editorial italiana. El primero de ellos, uno de los mayores poetas del *Novecento* y director de la prestigiosa colección de poesía «Lo Specchio», de Mondadori, entrelazó así una buena amistad con José Agustín Goytisolo. Y es que las por entonces jóvenes editoriales Feltrinelli y Mondadori se mostraron especialmente activas en aquel periodo. De este modo, el estrecho contacto entre el ámbito editorial y la creación literaria se convirtió en una llave para acceder al rápido proceso de modernización –en el sentido de democratización– de la cultura italiana. En aquel periodo, el problema del uso de la cultura y de las relaciones entre política y literatura se antojaba urgente y necesario, sobre todo tras el vuelco causado por los acontecimientos históricos. Precisamente en aquellos años, Vittorini y Calvino acababan de darle un giro a la postura realista que tanto había influido en la década anterior a todo el arte italiano. Resulta bastante sintomático que, en un momento tan dinámico, estos hombres se cruzaran con los autores españoles, por entonces aún sumergidos en el realismo.

Al cabo de los años es indudable que el ejemplo de Calvino sirvió de inspiración para quienes se movían en el angosto terreno de la cultura literaria de España. En el favorable escenario de Mallorca, los españoles no huyeron de esta nueva dimensión literaria que se les presentaba y, a pesar de que el régimen permaneciera bien arraigado, sintieron que había llegado el momento de orientarse hacia otros espacios operativos para asumir nuevas responsabilidades.

LA PRIMERA VEZ ESPAÑOLA

Ya desde el mes de junio de 1955, los redactores «einaudianos» mantenían correspondencia con los «barralianos». Uno de los primeros contactos contemplaba la petición de traducir y publicar en España un libro de Calvino, *Il visconte dimezzato* (1952).

Por aquel entonces, Calvino se escribía a menudo con Carlos Barral, y justo unos días antes de viajar por primera vez a España, le revelaba su deseo de conocer el país y sus escritores: «*Je me réjouis que c'est de l'Espagne que soit partie l'idée de cet entretien. Je suis heureux de rencontrer les nouveaux écrivains espagnols, que je suis avec beaucoup d'intérêt*»². Fue precisamente el poeta y editor catalán quién organizó detalladamente el viaje de Calvino, quien despegó desde Milán en el vuelo de las diez y media con destino a Barcelona, aterrizando tres horas después en el aeropuerto de El Prat. Era el 24 de mayo de 1959 y aquella noche en Barcelona consta como la primera vez que Calvino pisó el territorio español peninsular. La mañana siguiente se embarcó con destino a Palma de Mallorca para reunirse con los otros invitados a los encuentros de Formentor. Tenía treinta y cinco años.

Desde aquel mayo de 1959, Calvino seguirá en estrecho contacto con Barral y sus colaboradores; incluso empujará a Giulio Einaudi a viajar a España en el mes de septiembre para conocer a «los amigos de Barcelona», visita que marcará el comienzo de una larga amistad y de una colaboración determinante para el futuro catálogo de ambas editoriales. A partir de aquel viaje y de las conversaciones entre ambos se crearán, en menos de un año, los premios más importantes de la época, visto el elenco de editores que participaron en su fundación: Claude Gallimard, Giulio Einaudi, Barney Rosset, George Weidenfeld, Heinrich Ledig-Rowolth y George Svensson se encontraban entre los más influyentes de Europa.

El *Prix Formentor* y el *Prix International de Littérature* empezarán a otorgarse en 1961 y dejarán de hacerlo en 1967. Entre los autores que se presentaron podemos citar nombres tan emblemáticos como el de Henry Miller, Raymond Quéneau, Yves Bonnefoy, Saul Bellow o Gregor Von Rezzori. Gracias a Einaudi, fue posible quebrar la desconfianza de algunos editores que, frente a la opinión pública, no querían ser malinterpretados y parecer de acuerdo con el régimen, por tratarse de un evento organizado en territorio español. Einaudi dio a conocer el verdadero objetivo de los premios y convenció al resto de editores justificando que la iniciativa suponía una auténtica oportunidad para reivindicar los valores democráticos de la cultura.

Al tiempo que los encuentros se sucedían en Formentor, en Italia, realismo y neorealismo ya habían perdido su eficacia por no haber seguido la transformación de una sociedad cada vez más cercana a los modelos del capitalismo. Una realidad cultural que

había que revisar y que revistas como *Il Menabò*, codirigida por Vittorini y Calvino, trataron de interpretar. Los temas que resuenan en los nueve años de vida de la publicación –la relación entre industria y literatura, la búsqueda de un nuevo lenguaje y una poética relacionada con los actuales tiempos que no tardarán en entrar en la *Neoavanguardia*– constituyen la base de la realidad cultural de la época. La aparición de ciertas experimentaciones crítico-creativas coinciden con la apertura internacional de la revista, en cuyas páginas tendrán cabida: desde el *antihistoricismo* total de Blanchot al estructuralismo lingüístico –con Barthes y la nueva crítica francesa siempre presentes–, pasando por las indicaciones del *nouveau roman* y de la *école du regard* o las más avanzadas tesis del irracionalismo alemán. Precisamente los componentes del grupo barcelonés que años más tarde se conocerá como la Escuela de Barcelona, tejerán en las jornadas mallorquinas provechosas relaciones personales y editoriales con Italia, lazos que se mantendrán vivos al menos durante un par de décadas (1955-1975), en uno de los momentos decisivos de la literatura española del siglo XX.

Aunque algunas fotografías de aquellos días soleados muestran a un Calvino relajado y casi vacacional –en una calza un par de espardeñas y en otra se broncea en la playa mientras entierra, de manera simbólica, una novela bajo la arena–, la aportación del escritor italiano en Formentor se revelará necesaria para el futuro cambio de rumbo que empujará a Josep Maria Castellet a dejar de recorrer el camino del realismo y a ponerse al día con lo que se estaba realizando en la Europa literaria. También animará a Barral a emprender su lucha como editor, le inducirá a seguir a los hermanos Goytisolo –Luis y Juan, que en Italia comenzaban a publicar gracias también a Calvino³–, seducirá a los poetas José Agustín Goytisolo y Gil de Biedma por su sagacidad y cultura y será rápidamente convertido en la «vedette dialéctica» –Barral *dixit*– del «Primer Coloquio Internacional sobre novela»⁴. En los días de Formentor, en las conversaciones con Calvino, Castellet –como en más de una ocasión pudo confirmárselo a quien escribe–, tenía claro que la literatura española se encontraba en una encrucijada. Las novedades del *nouveau roman* francés y la fuerza persuasiva de Calvino, unidas a la presencia de escritores y críticos internacionales, obligaban a mirar más allá, y el esquema estético, literario y poético español entrará definitivamente en crisis a principios de los sesenta.

LA DIFUSIÓN DE LA OBRA DE CALVINO EN ESPAÑA

Intentemos aclarar ahora las razones por las que Calvino tardó en ser un autor conocido en España, a pesar de que en 1960 ya había publicado *Il sentiero dei nidi di ragno* (1947), *Ultimo viene il corvo* (1949) y la trilogía de los antepasados: *Il visconte dimezzato* (1952), *Il barone rampante* (1957), *Il cavaliere inesistente* (1959). Es cierto que la situación española durante el régimen no era la más propicia de cara a facilitar sus traducciones: la censura vigilaba –lo hacía, además, con hombres poco afines a la literatura–, lo que no impedía, sin embargo, la entrada en el país de las ediciones argentinas de Pavese u otros autores italianos de la posguerra que salían a la luz. Esto nos lleva a preguntarnos por qué Calvino, tan cercano a los miembros de la *Escuela de Barcelona* y a Seix Barral, no gozaba de aquel canal privilegiado para publicar sus obras en España. Jaime Salinas, que en aquellos años tuvo un papel importante en Seix Barral, alude a ello en sus memorias; son palabras que sorprenden, porque provienen de alguien que debería haber conocido de cerca el verdadero motivo por el que los libros de Calvino tuvieron que esperar tres décadas antes de lograr una cierta visibilidad en tierras españolas:

«La amistad con Italo Calvino duró hasta su muerte. Nunca comprendí por qué Carlos Barral no lo publicó en Biblioteca Breve. Yo tuve la satisfacción de hacerlo cuando fui director de Alfaguara en 1976. Asistió a casi todas las reuniones del Premio Formentor. Volvió a verle varias veces en la editorial Einaudi, en Turín, en la que trabajaba como asesor de Giulio. Cuando empezó a tener sus primeros grandes éxitos, se mudó a París. [...] Aunque Calvino se había convertido en un escritor de fama internacional, no había perdido su tímido encanto ni su sentido del humor tan personal. De todos los escritores italianos que he conocido, aquellos por los que he sentido mayor simpatía han sido Elio Vittorini e Italo Calvino. La muerte del primero en 1966, y del segundo, en 1985, las sentí profundamente, como si perdiera a dos grandes amigos»⁵.

Sin embargo, años más tarde, el mérito de Salinas fue el de difundir la obra de Calvino en las bien cuidadas ediciones de Alfaguara, dirigidas por él mismo. Pero ¿cómo podía desconocer el motivo por el que Italo no vio sus obras publicadas en España hasta la década de los ochenta cuando es sabido que Seix Barral intentó, y de manera insistente, hacerse con los derechos del entonces joven escritor italiano? El mayor impedimento estaba muy cerca del mismo Calvino: fue su propio agente literario, el judío

alemán Erich Linder, de International Editors, quien se reveló un hueso demasiado duro de roer para los dientes de Barral, que siempre se arrepentiría de no haber incluido finalmente a Italo en su catálogo. Según Linder, no tenía sentido volver a traducir a su representado al castellano cuando ya existían diversas ediciones argentinas que lo llevaban publicando desde hacía años. En España, Calvino se estrenó publicando en una revista *El cuervo llega el último*⁶, uno de sus más célebres relatos. Al poco tiempo, aparecerían en un solo volumen *El sendero de los nidos de araña* (Futuro, 1956), *Las dos mitades del vizconde* (Futuro, 1956), *Entramos en la guerra* (Peuser, 1961) e *Idilios y amores difíciles* (Losada, 1962). Ya en 1956 y tal y como se ha relatado, Seix Barral quiso traducir *Il visconte dimezzato*, pero la tentativa se desvaneció. Años después, resultaría igual de inútil intentar hacerse con los derechos de *Il cavaliere inesistente*. Linder nunca cedió, a pesar de que Calvino le hubiese expresado, en más de una ocasión, la voluntad de ser *ritradotto*, pues no estaba del todo satisfecho con las soluciones ofrecidas por los traductores bonaerenses. Estaba convencido de la necesidad de una inminente publicación española, también porque Barral le había hecho ver las grandes diferencias que había y hay entre el español hablado/escrito en Argentina y el castellano de España.

El interés hacia la obra de Calvino no decrecerá a lo largo de los años. En 1965, *La giornata d'uno scrutatore* y, en 1966, *Le Cosmicomiche*, atraían mucho a Barral, tal y como prueba una carta fechada el 4 de marzo de 1966 entre las dos editoriales. Es la última ofensiva, pero volverá a fracasar, obligando al propio Calvino a entrar en escena para calmar los nervios del editor catalán respecto a Linder, quien, como dejara escrito el autor de Liguria, «*parla il linguaggio delle cifre*», al que ni él había podido oponerse.

Conociendo todos estos detalles, seguramente ya no nos resulte tan extraño que la primera publicación de Calvino en España fuera en catalán, ni que se debiera a Castellet, cuando este ya era director literario de Edicions 62. El libro elegido, *El baró rampant*⁷, se publicaría en 1965 en la colección «El Balancí», casi a la vez que *Crònica dels pobres amants*, de Vasco Pratolini⁸. Un año después y también de la mano de Castellet llegaría otra gran obra hasta entonces inédita en España: la de su amigo Elio Vittorini, *Conversa a Sicilia*⁹, que fallecerá ese mismo año. La obra de Calvino tendrá una difusión completa solamente a partir de la década de los ochenta, cuando estaba a punto de acabar su trayectoria por su inesperada muerte en 1985.

NUEVOS HORIZONTES: LAS AMÉRICAS

Aunque brevemente, creemos oportuno subrayar lo importante que fue para los escritores y lectores europeos de las primeras décadas del siglo XX el descubrimiento de las literaturas procedentes de América. En principio, entre 1930 y 1960, empezaron a publicarse los autores de Norteamérica y, años después, entre 1955-1970, los del centro y el sur del continente. En Italia y en España, la difusión de estas literaturas sirvió para revitalizar las propias y abrirlas a horizontes nuevos.

En el siglo pasado, el interés hacia estas las literaturas se desarrolló en dos fases. En lo que se refiere a la norteamericana –la del siglo XIX y la contemporánea–, fue a partir de la década los años treinta cuando florecieron en Italia las traducciones de escritores estadounidenses. Siempre tomando como referencia Italia, el universo literario latinoamericano solamente se conocerá –y muy tímidamente– a finales de los cincuenta, y principalmente gracias a la mediación de Barral, que supo aconsejar la publicación de los autores del *Boom*. Justo en aquella época existía en Italia la idea errónea de que España y América Latina pertenecían a un mismo mercado editorial: el de la lengua castellana. Como se ha visto antes en el caso del enfrentamiento entre Barral y Linder, no se reparaba en las diferencias entre el castellano y el español de Latinoamérica. Esta falta de perspectiva es equivalente a la que, un par de décadas antes, indujo al ámbito literario italiano a pensar que las por entonces desconocidas letras norteamericanas no eran totalmente distintas a las de la *vieja Madre* Inglaterra. Fueron Pavese y Vittorini quienes, con sus imprescindibles trabajos de mediación cultural con la literatura norteamericana contemporánea, desmentirán ese obsoleto punto de vista. Cada uno desde una orilla, levantarán un puente cultural y editorial que permitirá el conocimiento en Italia de autores del calibre de Hemingway, Faulkner, Dos Passos o Steinbeck, lo que supuso un verdadero *laboratorio* para llegar a comprender lo que era la modernidad. La lectura constante y sistemática, así como la traducción que hicieron de los escritores del realismo norteamericano, permitió a Pavese y a Vittorini –aunque por distintos caminos– emprender una nueva manera de descifrar la realidad a través de la literatura. En un contexto estacionario como el de aquella Italia que vivía bajo el yugo del fascismo, el simple reflejo de la luz que emitían los países «democráticos» suponía toda una motivación, un impulso renovador. Y, de la misma manera que los autores norteamericanos sirvieron, en este sentido, a los italianos de la

posguerra, Vittorini, Calvino, Pratolini o Pavese serán, como se vio en Formentor, el ejemplo a seguir para los jóvenes autores de la España de los sesenta. La atención dedicada a la realidad y la voluntad de representar sus múltiples transformaciones desde un punto de vista crítico, supo influir, en cierto modo y a lo largo de los años, a algunos escritores de la «generación del medio siglo». Frente al cerrado horizonte nacional dominado por el idealismo y el fascismo, los americanos ofrecían imágenes de vitalidad, de grandes espacios y de movilidad, valores que estaban siendo reprimidos por el régimen.

En pleno fascismo, Vittorini se dedicará a preparar una antología, *Americana. Raccolta di narratori dalle origini ai nostri giorni* (1941). Casi contemporáneamente a la redacción de *Conversazione en Sicilia*, Elio llevará a cabo en aquellos años su gran trabajo de documentación sobre los escritores americanos, desde los orígenes hasta la década de los treinta. A pesar de la censura fascista, que de inmediato secuestrará la edición de 1941, finalmente será en 1942 cuando Bompiani terminaría por publicarla. Por decisión de Vittorini, la antología presentaba traducciones realizadas por los principales escritores italianos de la época, en lo que supuso todo un llamamiento *vittoriniano* a los escritores de su tiempo para que se convirtieran en promotores de un proyecto culturalmente más incisivo. Vittorini también seguirá de cerca a los narradores de generaciones sucesivas a las incluidas en *Americana* –Henry Miller, Mc Cullers, Williams, O'Connor, Salinger, Ginsberg, Kerouac, Updike, entre otros– creando un abanico de contactos determinantes para el mundo editorial italiano y que, en cierta manera, se revelarán también de gran utilidad para los asesores de Seix Barral¹⁰.

No olvidemos que en la primavera de 1962 la presencia conjunta de Einaudi y Vittorini aporta categoría a los encuentros de Formentor. En aquella ocasión, acompañaron a Vittorini, además de Einaudi, como presidente, Moravia, Piovene, Carlo Levi, Calvino, y dos críticos: el eslavista Ripellino y el italianista y romanista Contini. Una verdadera mina de cultura para el entonces joven cuarteto de Barcelona. La vitalidad de Vittorini en el campo de la cultura militante, su apertura a las novedades, su defensa de la vida y la libertad, su testimonio mordaz en los debates y su experiencia como fundador de revistas fueron esenciales en una época crucial de maduración y ganas de ser rescatados. Hombres como Vittorini y Einaudi nunca dejaron de acompañar a los de la Escuela de Barcelona.

Antes nos referimos a que, como ya había pasado en principio con la literatura norteamericana, aunque en una época distinta, hubo un error de perspectiva hacia el universo literario latinoamericano por parte de los italianos. Es cierto que fue a partir de los días de Formentor y a través de las conversaciones con los barralianos que Calvino comprendió la necesidad de distinguir América Latina de España. Mientras Barral intentaba adquirir sus derechos para el territorio español, el escritor italiano, en una carta al mismo editor catalán fechada en marzo de 1966¹¹, calificaba la situación como «absurda». Se refería también a su propia condición de escritor ya bastante conocido en Argentina y se quejaba, como ya hemos visto antes, de que su agente literario se oponía a liberar los derechos para el mercado editorial español. Si echamos un vistazo a los catálogos de 1959 de las principales editoriales italianas –año en el que Calvino visita por primera vez España–, queda patente el desconocimiento que se tenía de los autores latinoamericanos. Einaudi había publicado solamente a Jorge Luis Borges y a Pablo Neruda: al primero en 1955, bajo consejo del editor Claude Gallimard; al segundo, valiéndose de una traducción de Salvatore Quasimodo. Será solamente a partir de la década siguiente que, gracias también a Barral, la editorial turinesa se adjudicará a varios autores del *boom* –Lezama Lima, Onetti, Rulfo, Carpentier, Fuentes, Cortázar, Sábato, Vargas Llosa, Bryce Echenique, Galeano y Arguedas–, convirtiéndose, junto a Feltrinelli, en la editorial que más atención dedicará a estas literaturas. Se puede afirmar que hombres como Calvino resultaron determinantes a la hora de implantar la literatura latinoamericana en Italia. Y de todos los autores que la conforman, sobresale un nombre: el de Julio Cortázar. Fue Calvino quien insistió para que Einaudi se hiciera con los derechos del autor argentino.

LA ELECCIÓN DE LA MADERA. CALVINO Y GUIMARÃES ROSA. UNA HIPÓTESIS.

El interés de Calvino hacia los autores latinoamericanos nos sugiere una hipótesis final que lo acerca a otro grande del siglo XX, João Guimarães Rosa. Dos escritores que, a nuestro juicio, comparten la misma musa inspiradora. La larga relación con la obra del brasileño nos empuja a una comparación, quizá atrevida, entre el relato *La terceira margem do rio* (1961)¹² y la novela de Calvino *Il barone rampante* (1957). Ambas obras, por su intrínseca belleza y su insondable metáfora, encierran el corazón de una elección. De hecho sus protagonistas optan por abandonar

su casa y a su familia para irse a vivir a poca distancia y realizar así el improbable oxímoron de irse quedándose. El de *Il barone rampante* se instalará en la copa de un árbol y el de *La terceira margem do rio* en una canoa, entregando su destino a un trozo de madera. Como el Ulises imaginado por Dante, que se entrega *per l'alto mare aperto, sol con un legno*, ellos optan por un tipo de suspensión de la vida paralelo a la precedente. Sin embargo, desde sus nuevas dimensiones, no perderán de vista la cotidianidad de sus seres queridos.

La terza sponda del fiume –así tradujimos el título al italiano junto a nuestro profesor Antonio Tabucchi, aún en nuestra época de estudiantes en Siena–, narra la inesperada elección de un padre de familia que un buen día decide subirse a una canoa que él mismo ha ido construyendo durante varios años para quedarse a vivir en el río que, lento, fluye a pocos centenares de metros de la casa donde viven sus hijos y su mujer. Nos situamos en una zona del interior de Brasil bien distante del mar; un lugar donde los ríos adquieren grandes dimensiones. En el relato de Rosa, la narración corre a cargo del hijo del hombre que toma la decisión de trasladarse a vivir sobre la canoa. Por su inexperiencia de la vida, su hijo no es capaz de descifrar los motivos de una elección tan radical, al menos hasta el final, cuando, ya en edad adulta, él también deseará una canoa que lo acune. Sin remedio, los familiares se irán acostumbrando a esa nueva condición: «*A gente teve de se acostumar com aquilo. Às penas, que, com aquilo, a gente mesmo nunca se acostumou, em si, na verdade*»¹³. Una canoa de madera para una sola persona, pero construida para resistir en el agua al menos unos treinta años: esta era la previsión del padre. No bromeaba, como tampoco se digna a ofrecer ni siquiera una explicación: se pone su sombrero y sube a la canoa, «*Sem alegria nem cuidado, nosso pai enalçou o chapéu e decidiu um adeus para a gente*»¹⁴.

Sin tratarse de una decisión tan repentina como la de Cosimo Piovasco de Rondò, el protagonista de *Il Barone*, cuando apenas cuenta doce años y simplemente por desquite, trepa sobre un árbol sin saber que ya no volverá a pisar jamás la tierra. Discrepancias con la familia lo empujarán a refugiarse sobre un haya del jardín de casa. En seguida, las ramas de las magnolias, de los plátanos, de los robles y de las muchas encinas de la zona se convertirán en su topografía personal: «*Sui rami degli alberi è tutto il mio territorio. [...] Tutto fin dove si riesce ad arrivare andando sopra gli alberi...*»¹⁵. En ambos textos quiénes narran la historia

son dos adolescentes. El segundo, cuenta las hazañas de Cosimo el hermano menor Biagio, su incansable admirador, que intentará sondear la duración del capricho:

«*Facevo finta di non capire per obbligarlo a pronunciarsi, a dire: "Sì, voglio restare sugli alberi fino all'ora di merenda, o fino al tramonto, o all'ora di cena, o finché non è buio" [...] Invece non diceva nulla di simile, e io ne provavo un po' di paura*»¹⁶.

Se harán muchas conjeturas sobre el motivo de esta drástica decisión, pero la respuesta es bien sencilla: no baja a tierra porque no quiere.

Dos escenarios y dos ambientes distintos, pero ambos al aire libre por elección de sus autores. Rosa, médico, diplomático, poliglota, considerado por unanimidad el mayor autor brasileño del siglo XX y entre los *maggiori* en absoluto en lengua portuguesa, tenía una aguda pasión por la botánica, los insectos, los animales y la naturaleza, y su inmenso *Sertão* recorrido a caballo en toda su obra es visto como una epopeya. Su trabajo más conocido, *Il grande Sertão*, fue magistralmente traducido en italiano por Edoardo Bizzarri, mientras la traducción de su homóloga versión en castellano, *Gran Sertón: veredas*, se debe a otro amigo de Rosa, el poeta Ángel Crespo¹⁷, con quién emprendió un viaje por la Amazonia. A lo largo de los años hemos tenido la oportunidad de estudiar el epistolario entre Bizzarri y Rosa y comprobar, entre otras cosas, el amor del escritor por cada detalle de la naturaleza. Al igual que Calvino, hijo de agrónomos, que en sus comienzos universitarios se había orientado hacia la facultad de agronomía en Florencia y que compartía con Rosa su pasión por la botánica.

Sin embargo en estas dos obras que tomamos como referencia, los escenarios y el lenguaje de los protagonistas son diferentes. Una aldea al margen de un gran río brasileño, una familia humilde, probablemente de indios, corre en paralelo a la bellísima Villa d'Ombrosa, en una indefinida Liguria donde reside la familia del barón Piovasco de Rondò. Dos mujeres: la madre de Cosimo, apodada «La Generalessa», y la del narrador del relato de Rosa que sacará adelante la familia y se preocupará de su hombre expuesto a la intemperie. Ella que prepara la comida que el hijo deposita sobre piedras lisas al amparo de los animales, para permitir que su padre, una vez que el hijo se haya alejado, vaya a recogerla. Las familias siguen sin creerse lo que está aconteciendo, pero no pierden la esperanza de volver a ver al «desterrado». Se preguntan qué pensamientos atraviesan sus mentes y si, al me-

nos, añoran la antigua vida juntos. El paso a dar sería sencillo: a uno le bastaría con remar hasta la orilla y al otro, un pequeño salto. Pero los años trascurren y ellos continúan allí; se alternarán eventos más o menos agradables: noviazgos y bodas de miembros de las dos familias que no pueden dejar de pensar en quienes los observan desde un árbol o desde el río:

«Não, de nosso pai não se podia ter esquecimento; e, se, por um pouco, a gente fazia que esquecia, era só para se despertar de novo, de repente, com a memória, no passo de outros sobressaltos»¹⁸.

La memoria duele. El inexorable paso del tiempo esconde el envejecer de cada uno: jóvenes o menos. Incluso se realizarán unos intentos de acercarse al «fugitivo»: «*L'ultimo tentativo di catturare Cosimo fu fatto da nostra sorella Battista*»¹⁹; o cuando se casa una hija del protagonista de Rosa y da a luz, la familia cumple una tentativa de enseñar la criatura al padre y todos se presentan en la ribera. En aquella circunstancia y en ninguna otra más, el padre vuelve a aparecer:

«Nosso pai não voltou. Ele não tinha ido a nenhuma parte. Só executava a invenção de se permanecer naqueles espaços do rio, de meio a meio, sempre dentro da canoa, para dela não saltar, nunca mais»²⁰.

Tampoco Cosimo volverá a pisar tierra. Sin embargo su vida se revelará igual de intensa sobre los árboles y le permitirá descubrir lugares, conocer personas importantes –Napoleón Bonaparte–, solucionar cuestiones de carácter público y alcanzar verdadera fama. Hasta se enamorará y disfrutará de la compañía femenina. La existencia transcurre al alcance de sus ojos y ni siquiera cederá cuando la madre enferma lo llame a su lado, manteniéndose fiel a su elección, loca o sabia, pero exclusivamente *suya*. Desde el árbol más cercano al cuarto de la madre, participará activamente en sus últimos días: será el más buscado por ella. En una ocasión, siempre desde el árbol y con un arpón, deposita en su mano un gajo de naranja. O un chal que la cubra por la noche. Incluso la vela desde el árbol con un candil que cuelga de una rama para que ella pueda divisarle en la oscuridad.

Pero hay también quienes nunca abandonarán a los protagonistas de ambas novelas. Son precisamente las dos voces que narran: el hermano de Cosimo, y el chaval ya convertido en un hombre hecho y derecho que nunca se casará, tal vez por su sentido de culpa: «*Ele estava là, sem a minha tranqüilidade*». Esta

inquietud llevará al hijo a un intento de emular al padre, ya viejo. En un acto extremo, lo llama para un intento de cambio de guardia, pero el hombre prefiere no contestar. La confesión final del hijo al lector desvela que él también habría deseado acabar sus años sobre una canoa para dejarse acunar, para siempre, por las aguas del río. También Cosimo sorprende cuando ya anciano, enfermo y agonizante, realiza un acto que deja a todos con la boca abierta. Divisa a lo lejos un globo aerostático y trepando llega a la cumbre de su árbol; en el momento en que el cable pasa al lado, se agarra con un salto. Arrastrado por el viento el globo desaparece engullido entre el mar y el cielo. No se sabrá nada más de él.

Si miramos las fechas de publicación, no se tarda en comprender que el texto de Calvino precede, en pocos años, al de Rosa. Y si además se considera que el brasileño conocía más de doce idiomas –entre ellos, el italiano– no es tan arriesgado pensar que en algún momento hubiera podido incurrir en las aventuras del *Barone*. O quizás no: todo puede –o no– ser. Tal vez se trate apenas de una inescrutable coincidencia, de aquellas que a veces, por una carambola de dados, ata a dos grandes autores hermanándolos. Lo realmente importante es que estamos delante de dos cumbres de la literatura del siglo pasado, dos autores que nos han dejado, entre otras, un par de perlas que seguirán brillante en nuestro porvenir.

¹ La lucha armada se dio por terminada el 25 de abril de 1945, cuando el Comité de Liberación Nacional de la Alta Italia (CLNAI) consiguió el control de casi todas las ciudades del norte del país, último territorio todavía en poder de las tropas nazis en su retirada hacia Alemania. Sólo la guerra y, sobre todo, el colapso del Estado tras el verano de 1943, permitió que estos grupos clandestinos entraran en contacto para colaborar entre ellos y con las tropas británico-norteamericanas. Estas últimas fueron conscientes del valor de las guerrillas, las proveyeron de armamento e incluso las socorrieron en aspectos logísticos.

² Fondazione Giulio Einaudi (Torino). Archivio Einaudi, (27 de abril 1959, fasc. Barral, 22).

³ Goytisolo, Luis. *I sobborghi*. Torino, Einaudi, 1961. Goytisolo, Juan. *Fiestas*. Torino, Einaudi, 1959; *L'isola*. Torino, Einaudi, 1960.

⁴ Barral, Carlos. *Memorias*. Barcelona, Península, 2001, p. 473.

⁵ Salinas, Julio. *Travesías. Memorias (1926-1955)*. Barcelona, Tusquets, 2003, pp. 375-376.

⁶ En *Gaceta Literaria*, a. 1, nº 5, junio de 1956, p. 14, Buenos Aires.

⁷ *El baró rampant*. Barcelona, Edicions 62, 1965.

⁸ Pratolini, Vasco. *Crònica dels pobres amants*. Barcelona, Edicions 62, 1965.

⁹ Vittorini, Elio. *Conversa a Sicilia*. Barcelona, Edicions 62, 1966.

¹⁰ Henry Miller estará presente en las Conversaciones de Formator gracias a la invitación de Vittorini.

¹¹ Fondazione Giulio Einaudi (Torino). Archivio Einaudi, (16 de marzo 1966, fasc. Barral, 342).

¹² Anteriormente publicado en *O Globo* (15 de abril de 1961) y luego en el volumen *Primeiras estórias*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1962.

¹³ Guimarães Rosa, João. *Primeiras estórias*, vol. II. *Ficção completa*. Rio de Janeiro, Nova Aguilar, 1995, p. 410.

¹⁴ Idem.

¹⁵ Calvino, Italo. *Ibid.*, p. 26.

¹⁶ Idem.

¹⁷ Guimarães Rosa, João. *Gran Sertón: Veredas*. Barcelona, Seix Barral, 1975 (Trad. Ángel Crespo), p. 619.

¹⁸ Guimarães Rosa, João. *Ibid.*, p. 411.

¹⁹ Calvino, Italo. *Ibid.*, p. 65.

²⁰ Guimarães Rosa, João. *Ibid.*, p. 409.